



El territorio como construcción social¹

Orlando Fals Borda

Resumen. En el siguiente trabajo, escrito en los albores del siglo XXI, Fals Borda abordó los conceptos de territorio, territorialidad y región, con la intención de movilizar el debate que venía proponiendo en escenarios locales, regionales y nacionales desde la década anterior y, en particular, desde su participación en la Asamblea Nacional Constituyente en 1991 y su rol posterior en la Comisión de Ordenamiento Territorial implementada en los primeros años de la nueva Constitución Política. Fals Borda insistía en la importancia del reconocimiento de las autonomías territoriales y la insuficiencia de la idea de república unitaria para Colombia, para lo cual partía de interrogar la inconsistencia de analizar la elaboración humana del espacio bajo preceptos “mecanicistas” o newtonianos, y llamaba en cambio a comprender que el espacio/tiempo toma la forma de unidades concretas, pero transitorias, de ocupación humana.

Palabras clave: territorio; territorialidad; región; autonomía; espacio newtoniano.

[en] The Territory as a Social Construction

Abstract. In the current work, written at the dawn of the 21st century, Fals Borda addressed the concepts of territory, territoriality and region. Fals Borda's aim was to further the debate he had been promoting in local, regional and national settings since the previous decade and, in particular, since he participated in the National Constituent Assembly in 1991 and took on a role in the Territorial Planning Commission implemented during the early years of the new Political Constitution. Fals Borda insisted on the importance of the recognition of territorial autonomies and the insufficiency of the idea of a unitary republic for Colombia. He considered analyses that applied “mechanistic” or Newtonian precepts to the human elaboration of space inconsistent and opted instead to understand that space/time takes on the form of concrete, yet transitory, units of human occupation.

Keywords: territory; territoriality; region; autonomy; newtonian space.

[pt] O território como construção social

Resumo. No presente trabalho, escrito no alvorecer do século XXI, Fals Borda abordou os conceitos de território, territorialidade e região com o intuito de mobilizar o debate que vinha propondo nos âmbitos local, regional e nacional desde a década anterior e, em particular, desde a sua participação na Assembleia Nacional Constituinte em 1991 e a sua posterior atuação na Comissão de Planejamento

¹ [Nota de la redacción] El presente artículo corresponde al capítulo primero del libro *Acción y Espacio, autonomías en la nueva República*, editado conjuntamente por el LEPRI de la Universidad Nacional y la editorial Tercer Mundo. En el año 2000 la *Revista Foro* lo reprodujo en su número 38, que es cuya versión seguimos aquí. Se ha respetado en todo momento la integridad y estructura del texto original, añadiéndose un breve resumen para su adaptación a las normas de estilo que estipula *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*.

Territorial implementada nos primeiros anos da nova Constituição Política. Fals Borda insistiu na importância do reconhecimento das autonomias territoriais e na insuficiência da ideia de uma república unitária para a Colômbia, para o que começou por questionar a inconsistência de analisar a elaboração humana do espaço sob preceitos “mecanicistas” ou newtonianos, clamando, em vez disso, a compreender que o espaço/tempo assume a forma de unidades concretas, porém transitórias, de ocupação humana.

Palavras-chave: território; territorialidade; região; autonomia; espaço newtoniano.

Sumario. Introducción. 1. Evolución y erosión del Estado nacional. 2. La República posmoderna y mecanismos globales de espacio/tiempo. 3. Bioespacio y tecnoregión. 4. Relocalización y desterritorialización. 5. Nuevo ordenamiento y nueva República. Lecturas.

Cómo citar: Fals Borda, O. (2024). El territorio como construcción social. *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*, 15(2), 439-447. <http://dx.doi.org/10.5209/geop.99416>

Introducción

Lo primero a que deseo invitar es quitar de la mente algunas telarañas concernientes a la idea de espacio. Por regla general, vemos a éste como una entidad de dimensiones físicas (alto, largo, ancho, pequeño, grande) que, una vez dadas, quedan estáticas o configuradas para resistir los cambios. Esto es cierto según clásicos preceptos mecanicistas; pero por sucesivas evoluciones interpretativas que no podemos tratar aquí, no se ve hoy bajo la misma óptica. La situación no es tan simple. Porque desde Einstein se sabe que las dimensiones son relativas y que pueden ser antrópicas, es decir, que su determinación puede depender del punto de vista del observador calificado.

Para fines de nuestro estudio, que se refiere a espacios/tiempos con expresiones de vida o afectados por la actividad del ser humano, el análisis mecanicista o newtoniano no es aplicable. Acá es necesario derruir la idea clásica y concebir el espacio como un ente flexible y variante, con impulsiones que van y vienen, no sólo por el principio antrópico sino por el de la construcción social en el tiempo que ha venido enmarcando la explicación sociológica contemporánea. Esta concepción más realista va ligada a expansiones y contracciones históricas y demográficas relacionadas con las necesidades colectivas. De allí se deriva la sensación vivencial y temporal que se experimenta con el espacio.

En estas circunstancias, el espacio/tempo toma la forma de unidades concretas, pero transitorias, de ocupación humana, que aquí denominaremos “recipientes” o “contenedores”, pero que, a diferencia de los físicos o materiales, son maleables y ajustables. A los referentes político-administrativos de los contenedores ajustables, a los cuales se les dan límites formales, llamaremos “territorios”.

1. Evolución y erosión del Estado nacional

Siendo que el contenedor o recipiente territorial más importante y visible (por lo menos en mapamundis) es el del Estado-nación, examinémoslo primero.

Preguntémosnos: ¿cómo se han distribuido en el mundo los espacios geográficos entre los Estados? Por regla general, en lo que respecta a Europa de donde esta figura geopolítica es originaria (peores repartos se han hecho en África y otros sitios desde el siglo XIX), ello fue decidido por los gobernantes que según el Tratado de Westfalia dieron término a la Guerra de los Treinta Años en 1648. Sus decisiones tuvieron repercusión universal por virtud de las políticas coloniales e imperiales de entonces, ya que el modelo de Estado-nación fue reproducido sin discusión seria en el resto del mundo.

Con esta iniciativa geopolítica quedaran establecidos dos criterios-guías pertinentes para nuestro estudio del territorio como construcción social: el de las fronteras nacionales, y el de la soberanía. Desde el principio se trató de que las fronteras fueran trazadas con cierto cuidado entre las naciones, con base en accidentes arcifinios o por caprichos dinásticos pero claros, con lo cual terminaron parcialmente los delineamientos porosos del pasado. Los gobernantes del Tratado determinarían los límites por acuerdo, pensando en la permanencia de los hitos (si no se respetaban no habría paz), lo cual dio origen a una inesperada y a la larga inconveniente concepción: la de una fijación territorial limitada, basada en un cierto fetichismo que determinaba como natural y permanente la territorialidad del Estado así concebida. Esta intangibilidad de límites se extendió por analogía a los componentes internos o provincias de los Estados. La resultante territorialización se representó así como una precondition natural de la existencia social y política de los Estados, sin admitir el juego de otras fórmulas de construcción social como estrategias históricamente determinadas, tales como las que implican división, accesión, centralización o limitación por diversos factores (sociales, raciales, religiosos, políticos) en los pueblos mismos.

La interpretación fetichista y “natural” de la construcción del Estado tuvo a Dios y a su representante en la Tierra, el rey soberano, como referentes centralizadores. Hasta cierto punto, fueron también unificantes. Al combinar territorio con la soberanía inspirada en el derecho divino, se reforzó la característica estática del sistema westfaliano, con todo su potencial bélico, nacionalista a ultranza y etnocéntrico (que luego hemos visto en todo su furor). Surge este sistema, hoy universal aunque ya más cuestionado, como un modelo mecanicista y lineal que sólo admite cambios sociohistóricos lentos, sea por dentro o por fuera de las fronteras del Estado-nación. Queda así el mundo representado desde entonces como un gran rompecabezas conformado por piezas nacionales yuxtapuestas.

En estas condiciones, el cambio geopolítico sólo se ha aceptado por conquista, anexión o secesión realizada por los mismos soberanos, en lo que tiene que ver con el exterior de los contenedores nacionales. En cuanto al interior de éstos, el cambio se ha tolerado (a veces con violencia o a regañadientes) sólo como ajustes verticales, de arriba abajo, obedeciendo a mecanismos políticos o imposiciones personales de los gobernantes o de los grupos dominantes, así en sistemas centralizados como federales. No se ha respetado la voluntad popular, ni se ha tornado en cuenta la realidad de los procesos locales o regionales de naturaleza económica, social o cultural, ni los desplazamientos demográficos inducidos o espontáneos, ni la construcción de vías que modifican la orientación espacial de los habitantes.

Los soberanos modernos, al ignorar estos procesos —ellos sí comprobables y reales— de producción, reproducción y transformación que se desarrollan en los

espacios ocupados por los pueblos, han cometido un grave error: han negado la historicidad dinámica del propio Estado y de sus componentes, creando tensiones políticas y sociales que dificultan la gobernabilidad.

Podemos entonces concluir que el modelo vertical, autosuficiente y mecanicista de Estado-nación, asociado al imaginario newtoniano de espacio/tiempo como un bloque estático e intangible, ha limitado severamente la comprensión de los procesos sociales de base implicados en el ordenamiento y uso de los territorios. Como diría Henri Lefebvre, tal modelo es “una forma de violencia dirigida al espacio”. Tendremos, pues, que cuestionar los mapas existentes así concebidos, que sólo muestran el fraccionamiento del espacio terráqueo en un momento dado como reflejo de una obsoleta construcción sociopolítica, y empezar a ver cómo se puede rearmar el actual rompecabezas geográfico del mundo, para que éste funcione mejor

2. La República posmoderna y mecanismos globales de espacio/tiempo

Ante la perspectiva del ocaso del modelo westfaliano, preguntémos: ¿quiénes son los actores que disponen hoy sobre la distribución del espacio planetario? Ya no son los papas ni los reyes soberanos, ni tampoco por sí mismos los dictadores o presidentes actuales. Este papel está pasando o ha pasado parcialmente a otro grupo de dirigentes conformado por grandes empresarios capitalistas y comunicadores apoyados por una élite tecno-científica, todos articulados desde y por el mundo occidental (euro-norteamericano) dominante. En esta topografía del poder, otros intereses han entrado a jugar: son los macroeconómicos, con sesgos muy definidos no siempre favorables a los pueblos y a las estrategias populares de sobrevivencia. Desgraciadamente los gobernantes actuales persisten en la antigua fijación territorial del Estado fetiche. Ello no es conveniente, porque en la época posmoderna las realidades son sutiles y los referentes finales, como nuevos soberanos, podrán ser actores muy diversos, entre los cuales no puede descartarse la ascensión del poder popular autárquico.

Como viene sugerido, en el polo opuesto del modelo westfaliano se halla la descuidada dimensión de la historicidad de los territorios, así en el sur como en el norte. Este descuido tiene consecuencias estratégicas hoy, porque con el enfoque historicista se puede cuestionar a fondo la epistemología tanto del centralismo autoritario como del federalismo autocrático decimonónico. Así se descubren las trampas y ficciones que tiene el viejo fetichismo antipopular del Estado-nación. Tratemos de quitar también esta otra telaraña.

Para empezar, reconozcamos que los procesos globales emergentes están redefiniendo la existencia del poder estatal y creando geografías políticas alternas, reconfigurando y removiendo en todas partes las bases sociales y políticas de los contenedores espaciales. De esta manera, el tradicional modelo autosuficiente de Estado y sociedad se ha vuelto problemático. Se está erosionando.

Parece claro que en la era posmoderna la idea de Estado tiene que replantearse como un ente muy distinto del que nació. Ahora existe un espacio social global de naturaleza irregular, compuesto de niveles, nodos, escalas y formas superpuestas e interpenetrables que se ajustan a la realidad fragmentada y múltiple del mundo contemporáneo. Estas formas no encajan en el modelo antiguo de bloques o recipientes

intangibles vinculados entre sí como Estados o como componentes de éstos. Los ajustes y flujos de escala institucional hacia arriba, afuera y abajo de las estructuras sociales y políticas están creando capas polimorfos de organización territorial que no convergen unas con otras linealmente según la antigua escala geográfica. Conforman un mapa inestable de realidades sociopolíticas de duración limitada cuyo aspecto general se acerca a un caleidoscopio o a una ameba en movimiento, que avanza y retrocede. Son ajustes que llevan a formas distintas de gobierno de la cosa pública, quizás más eficaces, esto es, llevan a concebir nuevas Repúblicas. Además, expresan la olvidada tesis marxista sobre compresión espacio/tiempo —que “el capital lleva a aniquilar el espacio con el tiempo”—, tesis que ha sido retornada, en otros sentidos, por analistas de la física cuántica, la teoría del caos y la complejidad, y la teoría de sistemas abiertos. Estas ideas, de retorno, se han incorporado a las ciencias sociales para aplicarlas al campo territorial que aquí nos interesa (Wallerstein).

3. Bioespacio y tecnorregión

En las inestables circunstancias observadas, los contenedores o recipientes emergentes sufren dos impactos sociopolíticos que pesan en su reorganización así en la ciudad como en el campo: la búsqueda de la autonomía administrativa; y la adopción de formas de democracia participativa en desarrollo del concepto autárquico de Soberanía Popular. Estos procesos vienen a corregir fallas seculares de autoritarismo y federalismo clásico, así como la falta del reconocimiento dinámico de la historicidad; y acercan a las nuevas formas de estructura de gobierno de las Repúblicas reconfiguradas y reordenadas.

Los ajustes y flujos institucionales implicados por estos procesos globalizantes a su vez llevan a dar dos pasos que constituyen el *ordenamiento territorial como política de Estado*: 1) la creación de nuevas entidades espaciales funcionales, tanto a escala interna o subnacional como a escala externa o supranacional; y 2) la revisión, eliminación o desactivación de límites o fronteras existentes, así internas como externas, que por lo general son herencias defectuosas o caprichosas de las prácticas geopolíticas verticales de dirigentes del período anterior. Más adelante volveré a este importante punto.

Para entender cabalmente estas dos grandes políticas reordenadoras en el nuevo contexto de la globalización y dentro de las naciones mismas, se están empleando dos conceptos de espacio/tiempo: bioespacio y tecnorregión. Tanto el uno como la otra inyectan la dimensión histórica y destruyen la concepción rígida e intangible de bloque lineal de los contenedores espaciales derivada de la era newtoniana, como se refleja en los límites que muestran las cartas geográficas usuales. Bioespacio y tecnorregión, por el contrario, se definen como unidades fractales, ajustables y revisables, como reflejo de realidades vivas.

El *bioespacio*, o “lugar”, aparece como respuesta a procesos locales y regionales de desarrollo social, económico y político que vinculan actividades vitales de producción y reproducción con los recintos en que se ejecutan y de donde se derivan elementos de continuidad social y diversidad cultural. En el campo se trata de zonas relativamente homogéneas, tales como ecosistemas, tierras baldías, cuencas hidrográficas, regiones histórico-culturales, territorios étnicos y resguardos indígenas,

zonas de reserva campesina, parques naturales, provincias, municipios asociados y vecindarios-caseríos. En la ciudad, con una estructura más compleja, heterogénea y variable, los bioespacios se constituyen en barrios, localidades o zonas, circuitos diversos, distritos y áreas metropolitanas y suburbanas. En estos bioespacios se expresa y palpa la vida colectiva en su cotidianidad: la relación territorio-población-servicios es fundamental, y de allí depende mucho la convivencia, la prosperidad y la paz ciudadanas y el buen manejo que se dé a los recursos financieros que reciba.

La *tecnorregión* se define, según Luke, por las vinculaciones creadas por avances científicos, técnicos e informativos que desbordan a nivel macro los límites de los territorios. Surgen allí los poderosos mundos de las empresas multinacionales, vinculaciones económicas sectoriales o regionales, redes comunicativas y de ONGs, y la Internet, y se forman conjuntos geopolíticos y alianzas como los de la Unión Europea, la OEA, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, la NAFTA y el Mercosur, entidades que van adquiriendo progresiva identidad y autoridades o personajes propios.

Ambos mecanismos —el bioespacio y la tecnorregión— invitan a ver el mundo y sus componentes como un juego aleatorio de niveles que se modifican, se integran y se destruyen unos a otros según procesos coyunturales, donde la estabilidad y continuidad normativa es lo que menos ocurre. Estos fenómenos de ameba moviente son más evidentes en la ciudad que en el campo, lo que invita a realizar en ella análisis de sistemas complejos de naturaleza abierta.

En cuanto al sentido de los límites de los bioespacios, aquéllos naturalmente no pueden considerarse eternos sino como expresión de una construcción social, y quedan por los mismos sujetos a las revisiones periódicas inducidas por los mismos sujetos a las revisiones periódicas inducidas por los procesos. El objeto de este ejercicio es facilitar la administración delegada de los territorios mediante su visualización directa (sobre el terreno) o figurada (como en los mapas). El buen gobierno resultante reflejará la dinámica e impacto de los flujos que se crean en la vida local y en sus comunidades por las comunicaciones, la interacción socioeconómica y la creatividad cultural.

Habrà que cuidar que los límites administrativos no se conciban ni se presten para hacer separaciones ideológicas, raciales, religiosas o culturales, ni formalizarlas de tal manera que puedan convertirse en talanqueras para la convivencia popular o a nivel de base, y llevar a confrontaciones destructivas o sangrientas. Las fronteras deben verse y usarse como sitios de encuentro y entendimiento de pueblos y no, como hasta ahora, como lugares de concentración y chovinismo. Hay lecciones trágicas sobre este particular en diversas partes: los bantustanes del *apartheid* surafricano, los genocidios etnorreligiosos en Yugoslavia, los *ghettos* de Polonia, el conflicto del Medio Oriente, las guerras de Cachemira, la catástrofe de Timor Oriental. Esta horrible herencia histórica del peor de los siglos no debería seguirse llevando como lastre a los albores del nuevo milenio.

4. Relocalización y desterritorialización

Las grandes políticas nacionales del ordenamiento territorial, basadas en bioespacios de límites revisables, buscan mejorar la gobernabilidad, la producción y la

competitividad, al tiempo con la satisfacción de aceptables expectativas y niveles de vida para la población, devolviendo hacia abajo y desde las cúspides del poder dosis adecuadas de autonomía y descentralización administrativa. Así, se promueven inversiones de capital con la debida seguridad, se ejecutan proyectos eficaces de “desarrollo económico y social”, y se establecen consorcios públicos y privados para facilitar la circulación mesurada de dinero, mercancías, información y personas.

Según Brenner, estas políticas desarrollistas alimentan un proceso de *relocalización* de competencias y funciones que transforman y reconfiguran los contenedores o recipientes subglobales y subnacionales, sobreponiéndose unos a otros en diferentes escalas y niveles. En su reorganización juegan los factores de la vida local urbana y rural, la biodiversidad, flujos de población, historia y cultura de los bioespacios. La buena disposición y manejo de estos bioespacios cambiantes o relocalizados es lo que debe conformar el espíritu popular y esencia práctica del *ordenamiento territorial en general*, vista ahora como un proceso de ordenamiento social en el que se propende también por la humanización de las relaciones entre las personas, y entre éstas y los espacios.

La relocalización interna, con límites ajustados, va de la mano con otro proceso global que es supranacional, denominado *desterritorialización*. En este proceso los bioespacios van asimilando nuevas actividades y funciones gracias al progreso tecno-científico que trasciende su localismo y fronteras biogeográficas, para entrar a un nivel universal de comunicación, relación y dependencia. Mientras más grande es su tamaño, por razones de escala, mayores las posibilidades de vinculación y éxito competitivo más allá de los límites, de allí, por ejemplo, la importancia estratégica de regiones histórico-culturales (como la Antioquia Grande y la Costa Atlántica en Colombia) ante la globalización. Desbordan así el anclaje ancestral del ser humano. Los límites topográficos se rompen entonces, y las fronteras internas y nacionales tienden a ignorarse, instaurándose un proceso de desbordamiento de territorios en el que juega la otra especie de contenedor, virtual o artificial a veces, que es la tecnoregión. Esta funciona, aparece y desaparece en la ecología globalizada, según los proyectos o empresas ejecutantes como viene descrito. Es cuando y donde el conocimiento y la técnica realmente se convierten en poder.

En este punto hay que tener cuidado con la reinterpretación de la realidad global. Ni la relocalización ni el desbordamiento espacial muestran que la globalización sea un fenómeno supraterritorial. Ella no es etérea: no ignora poderes legales nacionales, no trabaja conscientemente por la desaparición del Estado-nación como tal, ni es apátrida, al menos por ahora. Ello no parece, aunque ocurre la erosión del Estado, se reinterpreta la noción de soberanía, y se impacta con fuerza a nivel de cultura. En la reorganización o reinvencción del espacio actual en sus diferentes escalas o modalidades —que son tan necesarias para desbordar el espacio/tiempo—, todavía se aplican los mecanismos, usuales a nivel de Estado-Nación, y se crean o decretan infraestructuras o nuevos territorios para permitirlos o facilitarlos. Pero en los “lugares” o bioespacios continúan las luchas en defensa de la identidad propia, esto es, resistiendo también a nivel de cultura.

De allí que siga habiendo diferencias de método, organización y orientación entre multinacionales de un determinado sitio producidas por su lugar de origen o radicación inicial. En la mutabilidad producida por las tecnoregiones, la principal manifestación de estabilidad proviene de la dimensión cultural originaria, arraigada en lo

propio, incluido lo nacional. Muchos fracasos provienen de ignorar las identidades territoriales al adoptar elementos pragmáticos provenientes de impulsos de países imperiales. Pero las políticas de cooperación entre empresas y la construcción de redes locales de competencia, permanecen. Continúa, pues, todavía aplicable el viejo mito de Anteo, hijo de Gea, la Tierra.

A diferencia del proceso político-administrativo de siglos pasados, donde simplemente se fraccionaba caprichosamente el espacio, ahora con la globalización se relocaliza y se desterritorializa simultáneamente, según flujos o impulsiones propias, permitiendo que la circulación de la información y del capital se aceleren en el tiempo y se expandan en el espacio sin tomar en cuenta unidades físico-geográficas. Estos pasos se dan apoyados por instituciones y entidades nacionales y locales así en el campo como en la ciudad que, aunque llegan a convertirse en internacionales, continúan estables en sus zonas y terrenos (urbanizaciones, complejos industriales, formas productivas zonales, infraestructuras de transporte, redes de comunicación, instituciones estatales de control, etc.), pero ya dentro de contenedores territoriales bien reajustados con recursos adecuados y suficientes, y concebidos con miras a la gobernabilidad, por una parte, y a la productividad y la competencia local y global, por otra, en lo que podemos ver como nuevos espacios de lo público.

La globalización es, por lo tanto, un proceso dialéctico conformado por flujos mayores significativos de diversa índole (como lo define Castells) y no una situación estática o condición terminal. Es también algo paradójica: en efecto, al crear bioespacios locales e inventar tecnorregiones, los actores plutocráticos que están barajando hoy el espacio global y haciendo otro mapamundi del poder, son capaces de llevar a la humanidad dinámicamente a desarrollar y respetar, por fin, la “segunda naturaleza”, aquella que según Marx está constituida por la cobertura ecológico-humana. Ya no sólo el ámbito territorial local sino todo el globo terráqueo queda bajo lineamientos cartesianos de construcción social y política consciente. Pero seguramente, la globalización actual tampoco suministrará los lineamientos finales del mundo.

5. Nuevo ordenamiento y nueva República

Quiero enfatizar, por último, que el concepto de ordenamiento territorial que aquí elaboro, sin desconocer los tres pilares discutidos por los clásicos (el político-administrativo, el geo-político y el ambiental), se refiere a políticas macro de amplia visión estatal basadas en la epistemología del territorio y en la humanización de las relaciones en el espacio/tiempo.

La moda corriente sobre el tema, sintomática del deterioro de la situación, ha llevada a parcelar y oscurecer el concepto plena, olvidando sus reales, muy grandes dimensiones, y a pensar que con legislaciones parciales se resuelven los problemas implícitos. Nada es más equivocado (y equívoco) que las denominaciones que se han empleado en países como Chile, Perú, Venezuela y Colombia donde, respectivamente, se han dictado leyes reducidas sobre regionalización, descentralización, medio ambiente y uso del suelo urbano (POT) llamando a todo ello “ordenamiento territorial”. Estos disfraces políticos del ordenamiento no llegan al fondo de la cuestión, que sigue viva y esperando soluciones orgánicas en éstos y otros países.

El establecimiento de Comisiones Permanentes de Ordenamiento Territorial — que reconozcan la dimensión histórica y dinámica del problema y que vigile e imponga, con suficiente poder coactivo, los ajustes emergentes necesarios— es un buen paso a dar, como lo viene ejecutando Francia desde 1965 con la política oficial del *aménagement du territoire*. Otros países desarrollados, como los Estados Unidos, donde ha privado la ficción newtoniana del límite recto entre los Estados, han sufrido ajustes informales desorganizantes como los de las circunscripciones electorales acomodaticias identificadas con el *gerrymandering*. Semejantes autoengaños han producido allí confusiones de gobernabilidad y abusos de poder, como lo han documentado los sociólogos de esas latitudes.

Un desarrollo fuerte y completo de estos retos naturales, espaciales, ecológicos y socioeconómicos es el que habrá de facilitar la modulación, con un eficaz ordenamiento territorial, hacia nuevas formas de manejo y concepción de la cosa pública —*res publica*—, hacia una nueva República posmoderna con las autonomías requeridas por los bioespacios. Todavía hay represamientos y peligros en este proceso, sin embargo, existe cierta convicción de que la función principal de las nuevas Repúblicas podrá ser la de vigilar y canalizar la expansión del capitalismo global con sus excesos e injusticias, contaminaciones químicas y guerras regionales, para volverlo a causas sociales y metas humanistas a nivel local. El pueblo, con sus diversas capas sociales afectadas por el capitalismo, asume hoy el papel de objetivo y de actor principal. Ya volveré sobre este punto tan comprometedor.

Lecturas

- Brenner, N. (1999). Beyond State-Centrism? Space, territoriality, and geographical scale in globalization studies. *Theory and Society*, 28(1), 39-78.
- Castells, M. (1999). Globalización, sociedad y política en la era de la información. *Análisis Político*, (37), 3-17.
- Guhl, E. (1991). *Las fronteras políticas y los límites naturales*. Bogotá, Colombia: Fondo FEN Colombia.
- Harvey, D. (1982). *The Limits to Capital*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Lefebvre, H. (1986). *La production de l'espace*. París, Francia: Anthropos (3ª. ed.).
- Luke, T. W. (1999). *Capitalism, Democracy and Ecology: Departing from Marx*. Champaign, Illinois, Estados Unidos: University of Illinois Press.
- Marx, K. (1857). *Grundrisse: Fundamentos de la crítica de la economía política*.
- Smith, N. (1997). Antinomies of space and nature in Lefebvre's The Production of Space. *Philosophy and Geography*, 2, 50-51.
- Soja, E. (1989). *Postmodern Geographies*. Nueva York, Estados Unidos: Verso.
- Wallerstein, I. (1998). Espacio Tiempo como base del conocimiento. En O. Fals Borda (Ed.), *Participación popular: retos del futuro* (pp. 47-68). Bogotá, Colombia: Iepri/Iefes/Colciencias.